

- GERT. Basta de humanidades, don Judas.
- ENRIQUE. Pero acabe usted su descripción, don Antonio.
- ANTONIO. Bueno, pues ya lo he dicho todo; Ulrico apetece con deseos satánicos el mal, pero comprende el bien y lo realiza, y la lucha tremenda queda encerrada en la fría cárcel de metal. Siente y anhela como un malvado; se sacrifica como un mártir; para el mundo es una estatua impasible. El desarrollo de este carácter es el drama.
- LUISA. Aquí están los puros. ¿Qué dijo papá de aquellos amores?... (A Enrique.)
- ENRIQUE. Nada, que acabaron en un rinconcito del cielo, como los de don Juan Tenorio.
- ANTONIO. Con que, ¿qué les parece á ustedes el drama?
- BORROSO. Artificioso y falso. Shakspeare jamás fabricó hombres de metal rellenos con ese picadillo angélico-satánico; sino hombres de carne y hueso con riego abundante de sangre.
- ANTONIO. ¿Qué sabe usted lo que hizo Shakspeare?
- BORROSO. Sé que fué un precursor de la escuela realista moderna.
- PELAEZ. Observador de la naturaleza, querrá usted decir; que yo por idealista, por filósofo, por psicólogo, por la más vigorosa voluntad al servicio de la más vasta inteligencia le tuve siempre.
- BORROSO. ¡Idealista el autor de Macbeth!
- PELAEZ. ¿Y las alondras de Julieta y Romeo? ¿Qué me dice usted de su canto matutino y de su plumaje volador?
- ANTONIO. ¿Y el Hamlet? ¿Y la tempestad? ¿Y Ofelia?
- BORROSO. ¿Y el mercader de Venecia? ¿Y el rey Lear? ¿y sus dramas históricos?
- GERT. ¿Qué trifulca de nombres! Pero señor, no riñan ustedes por cosas tan viejas, y que después de todo, nunca han existido.
- LUISA. ¿Qué alondras son esas que decía Peláez?
- ENRIQUE. Pues unas alondras... de un drama... del gran dramaturgo.

- LUISA. ¿Y qué les pasó?
- ENRIQUE. Nada... que se abrió la jaula... y se fueron... y Julieta y Romeo se quedaron... como quien ve visiones... como nos quedaríamos nosotros.
- BORROSO. Pues yo me afirmo; fué realista y naturalista.
- ANTONIO. Y yo me ratifico: fué filósofo.
- PELAEZ. Pues yo tampoco vacilo en mis opiniones, por más que respete las suyas, muy valiosas.
- GERT. Han llamado. (A Luisa.)
- LUISA. Ya vino Paula. (Asomándose.) Es Pepe.

ESCENA V

GERTRUDIS, LUISA, DON ANTONIO, PELÁEZ, BORROSO
y ENRIQUE; PEPE, muy apresurado y con el sombrero puesto.

- PEPE. (Dirigiéndose á su padre.) ¿Pero es verdad lo que me han dicho en el teatro?... ¡que te pusiste malo!... ¿qué tienes?... vamos, ¿qué tienes?
- ANTONIO. Nada, hijo, nada. Un ligerísimo mareo.
- PEPE. ¡Jesús, qué susto me han dado! Me dijo don Luis: «¿sabes? tu padre se ha marchado... porque le dió no sé qué.» Y en cuatro saltos vine acá. ¿Pero estás mejor? ¿pasó todo? ¡la verdad! (Con mucha ternura y mucho afán.)
- ANTONIO. Te digo que sí: que no vale la pena de que se hable más de ello.
- GERT. De veras: ya está bueno: no tengas cuidado.
- PEPE. Perdonen ustedes que no les saludase antes; pero venía tan inquieto. (Quitándose el sombrero.)
- GERT. Pobrecillo... ¡cómo le palpita el corazón! (Poniéndole la mano en el pecho.)
- PELAEZ. Ese olvido, querido Pepe, le hace á usted honor: así deben ser los *vuenos* hijos... digo: los buenos hijos.
- ANTONIO. ¡Es muy bueno!
- PEPE. Vaya: no hablemos de estas cosas.
- BORROSO. ¿Acabó el primer acto?

- PEPE. Sí señor: y empezaba el segundo cuando salí.
- ANTONIO. (No me atrevo á preguntarle su opinión: vamos, que no me atrevo.)
- PELAEZ. ¿Y qué?
- PEPE. Mucho interés: mucha curiosidad: mucho calor.
- BORROSO. ¿Y usted, qué opina?
- PEPE. Yo no puedo emitir opinión alguna delante de personas tan respetables. Sería atrevimiento y pedantería casi.
- ENRIQUE. ¡Hombre, atrévete! ¡Nada de timideces! ¡un aspirante á crítico pecar de tímido y modesto!
- PEPE. Crítico... Todavía no lo soy: no quiere mi padre.
- ANTONIO. ¡No faltaba más!
- PELAEZ. Pero al menos, ya que no aventure usted su opinión, puede usted referirnos hechos concretos. ¿Gusta ó no gusta?
- PEPE. Tampoco lo sé: las opiniones están divididas. Unos aplauden con entusiasmo, otros protestan con energía: la confusión es grande en la sala y en los pasillos aún mayor. En un corro, «¡sublime! don Pablo es el primer dramaturgo del siglo!» en otro corro, «¡don Pablo se ha vuelto loco: esto es un soberano desafino!» La violencia de los pareceres crece con la temperatura: los puños suben á la altura de los pareceres: los dictérios echan á un lado á las razones para ponerse al nivel de los puños. Para cada disputador su contrincante es un mentecato, y si de telón adentro el drama ha de acabar en muerte, de telón afuera es posible que acabe á golpes y bastonazos.
- ANTONIO. ¡Perfectamente: muy bien: firme! (Restregándose las manos.)
- PEPE. ¡Por poco tengo yo un lance!
- ANTONIO. ¿Tú?
- GERT. ¡Por Dios, Pepito! (Levantándose.)
- LUISA. ¡Qué chico!
- PELAEZ. ¡La sangre hirviente de la juventud!
- PEPE. No: si no fué nada. Pasaba yo junto á un grupo y un tontaina con aires de suficiencia dijo: «don Pablo es un

- genio: don Antonio no ha hecho en toda su vida nada que se parezca á este drama; todas sus obras juntas no valen lo que el carácter del conde Ulrico.»
- ANTONIO. (Gozoso.) ¿Con que dijo eso? ¡qué demonio! La verdad es que el conde Ulrico es un gran carácter. Yo no he hecho nunca nada parecido.
- PEPE. ¿Que tú no has hecho...? ¡malhaya tu modestia! ¡Nadie ha hecho... lo que tú has hecho! (Con entusiasmo y cariño.) ¿Lo entiendes? nadie. Pero eres bondadoso, demasiado bondadoso... por eso no te tienen miedo. ¡Pero yo estaba allí! y le cogí al mequetrefe por un brazo... (Cogiendo á Peláez.) y le pegué una sacudida... (Sacudiéndole.) Ay, perdone usted... una sacudida tal, que se le descompuso la corbata, se le cayeron los quevedos, y se le bamboleó el sombrero, que yo le acabé de quitar de un manotazo, diciéndole: para hablar de don Antonio se quita usted siempre el sombrero, y si no puede usted, me llama usted á mí.
- GERT. ¡Jesús, qué imprudencia!
- ANTONIO. Hiciste mal, Pepe... hiciste muy mal.
- PEPE. ¡No: si era un pobre diablo! Muy asustado me dijo: «las opiniones son libres y yo no veo nada en los dramas de don Antonio;» á lo cual yo repliqué: «será usted mfope de entendimiento: con que póngase usted los quevedos, sino prefiere usted que yo se los ponga, que yo sirvo para quitar y poner: quitar sombreros y poner quevedos. Y hasta otra.» Mediaron unos amigos... y nada... Declaró el jovencuelo que mi padre era un coloso.
- PELAEZ. (A don Antonio.) ¡Tiene por usted veneración!
- LUISA. ¡Hiciste bien, Pepe!... ¡Firme con ellos!... (¡Y tú también, á ellos!) (A Enrique.)
- ANTONIO. Hizo muy mal: ya sé que fué por cariño; pero hizo muy mal.
- GERT. ¿Quién te mete á tí en libros de caballerías?
- PEPE. No: si no me metí con los libros, ni allí los había; me metí con lo restante.

- ANTONIO. ¿Y qué noticias traes del drama?
- PELAEZ. ¡Éxito unánime é indiscutible!
- PEPE. No tan unánime: al caer el telón sonaron algunas protestas.
- ANTONIO. Siempre hay envidiosos: gente discola: chusma pagada. ¡Hombre, contra *esos protestantes* sí que hacía falta su poquito de hoguera á la usanza antigua!
- GERT. ¡Ea, no te exaltes!
- LUISA. Mira que vas á ponerte malo.
- PEPE. A buen seguro que nadie se tomará por tus obras el interés que te tomas por el drama de don Pablo.
- PELAEZ. Él es así: una benevolencia exagerada.
- ANTONIO. ¿Y qué más? Cuenta: cuéntalo todo, por los clavos de Cristo.
- PEPE. Empezó el segundo acto. El teatro estaba magnífico: ¡prodigios del arte! mil y quinientos espectadores reconcentrando su atención en la misma idea dramática: dirigiendo sus miradas al mismo punto, como rayos que van á un foco y lo incendian: todos los pechos respirando á la vez: ¡todos los corazones llevando el mismo compás! Tantos espectadores distintos, cada cual con sus intereses, sus preocupaciones mundanas, sus dolores ó sus esperanzas, abandonando sus propias personalidades para constituir un nuevo sér: no era una *suma*, era un maravilloso organismo: no eran espectadores, *era el público*. De cerebro á cerebro parece como que va un invisible hilo eléctrico, que los enlaza á todos, formando de esta suerte un cerebro enorme, superior en aquel instante á todo poeta por grande que sea, á todo crítico por mucha ciencia que atesore: un cerebro, repito, capaz de comprender á Calderón y á Shakspeare, y de juzgarlos con fallo infalible é inapelable. Y á la vez de corazón á corazón, un efluvio único de sentimiento, que á todos los hace sentir con la misma simpatía ó encogerse con el mismo disgusto, como si una misma vibración corriese por mil arpas cólicas suspendidas á las ramas del bos-

- que sagrado, golpeándoles con la misma discordancia ó despertando en todas ellas la misma nota melódica. ¡Oh, qué hermoso, qué hermoso! ¡quién pudiera hacer eso! ¡quién pudiera forjar ese sér único, inmenso, sublime, con un solo corazón y un solo cerebro, y estremecido todo él de un mismo estremecimiento!
- ANTONIO. ¿Y eso lo ha conseguido el drama de don Pablo?
- PEPE. A veces, sí: el segundo acto empezó brillantemente: un gran aplauso en el monólogo del Conde.
- ANTONIO. ¡Preciso!... ¡Si el monólogo era infalible!... Señor á mí que me den el público: ¡ese lo entiende más que todos los estéticos!... Nada, ¡el corazón!... ¡Donde hay corazón!... ¡ese corazón inmenso de que tu hablabas antes!... ¡inmenso... me parece que lo veo... con la *punta* en la concha del *apuntador* y la base en las galerías y llenándolo todo!... ¡un corazón apocalíptico! ¿Y qué más?
- PEPE. Que después se torció el carro y se desvió ese corazón que dices.
- ANTONIO. Hombre, ¿se torció?
- PEPE. Un mal aconsejado comparsa fué á tropezar con una pilastra de madera en que había un trofeo de guardarropía: coracinas, cascos, espadas, banderas, muchas banderas y banderolas; y todo vino al suelo en el instante más sublime, con estrépito de cencerada y resonancias de sartén y cacerola; y un chusco de la galería gritó con estentórea voz, imitando á ese que va por las calles: «trapos y hierros que vender.» El público acogió este chiste digno del rastro, con una inmensa carcajada, superior por la intensidad y la duración al aplauso del monólogo.
- ANTONIO. (Con ímpetu.) ¡Ahora mismo me voy allá!... ¿Por qué se ríen, por qué? A veces el público... ¡señor, qué público!... si no fuera... Nada... me voy... (Muy nervioso.) me voy allá á mirar de frente á esa masa humana y al de los «trapos viejos que vender!»
- GERT. Eso sí que no será: no lo permito: de ningún modo.

- LUISA. No, papá: te pondras malo: no le dejes ir, mamá.
- ANTONIO. ¿Pues no he de ir?
- PELAEZ. No me parece prudente: está usted visiblemente nervioso.
- BORROSO. No se tome usted tanto interés por el drama de don Pablo: deje usted que lo trituren y lo devoren.
- ANTONIO. ¿Que yo deje?... (¡Estoy por extrangular á este hombre!)
- PEPE. No, por Dios: no vayas: el calor es horrible. Mira, Enrique y yo te traeremos noticias.
- ANTONIO. ¿Y ha de perderse mi butaca?
- GERT. No se perderá, porque puedes dársela á don Atilano.
- LUISA. Y usted le da la suya al señor Borroso. (A Enrique.)
- PEPE. Muy buena idea.
- ENRIQUE. Eso es... ven ustedes el tercer acto y mañana discuten ustedes amplísimamente el drama de don Pablo. Aquí está mi billete. (Dándoselo á Borroso.)
- BORROSO. Mil gracias... (Tomándolo.) pero no sé si debo...
- PELAEZ. Yo creo que debemos aceptarlos para evitar que don Antonio salga. Venga el billete, don Antonio.
- ANTONIO. Con mucho gusto... si ustedes se empeñan... (Dándole el billete.)
- PEPE. Y ahora, prontito. Ya empezará muy pronto el tercer acto.
- PELAEZ. Si hemos de ir no demoremos la partida.
- BORROSO. Pues en marcha... al trote, don Atilano.
- PELAEZ. Al trote irá usted, si le place. Yo no suelo adoptar velocidades de picadero. Mi buena amiga... Luisita... (Despidiéndose.) Mañana vendremos á discutir con don Antonio... Don Antonio... señores.
- BORROSO. Con que hasta mañana... Cuidar mucho á ese romántico... su cabeza no está muy firme... Vamos á oír extravagancias.
- ANTONIO. (Extravagancias... ya te daré yo mañana un buen recorrido.)
- PELAEZ. Usted me precede... (Deteniéndose en la puerta.)
- BORROSO. Pues yo le precedo. (Salen.)

ESCENA VI

GERTRUDIS, LUISA, DON ANTONIO, PEPE y ENRIQUE

- ANTONIO. Siento mucho que por mi causa y por el empeño de esas, haya usted tenido que ceder su billete.
- ENRIQUE. No lo sienta usted, don Antonio.
- ANTONIO. Como mañana tendrá usted que hacer la crítica del drama de don Pablo.
- ENRIQUE. Lo conozco ya: he visto un ensayo.
- ANTONIO. ¿Y con eso le basta á usted?
- ENRIQUE. Y me sobra: tengo ya mucha práctica.
- ANTONIO. Pero tendrá usted que dar cuenta del resultado, del éxito, de las peripecias de la representación, de las varias impresiones del público.
- ENRIQUE. Todo eso lo tengo ya escrito: y con cuatro cosas que me digan en la redacción... completaré mi crítica.
- ANTONIO. Pero un drama... es cosa muy seria para tratarla de ese modo...
- ENRIQUE. No lo crea usted. Conozco el drama y supongo lo que pasará.
- ANTONIO. (Lo que no supones es lo que te va á pasar á tí.) Sin embargo... me parece...
- ENRIQUE. Cuando le digo á usted, que tengo ya mi crítica en el bolsillo.
- LUISA. Enrique es muy listo... en un momento hace un juicio crítico.
- ANTONIO. (Y en otro momento le tiro yo por el balcón.)
- PEPE. Además, Enrique tiene ya su sistema respecto á don Pablo. ¿Te acuerdas? ¡qué *palo* le diste en su penúltimo drama!
- ENRIQUE. ¡Sí, fué bueno!... ¡pobre don Pablo!... ¡lo reventé!
- ANTONIO. (¡Mentecato!)... ¿Con que sí? ¡un *palo*! ¡reventarlo! ¡Frasesología estética de la nueva crítica! (Pues tú me darás mañana un *palo*, pero yo te *revento* esta noche.) Luisita... (Aparte á ella.) (Ya sabes lo que te ha dicho tu

madre: le despides ahora mismo á ese muñeco: que no vuelva más, ¿lo entiendes?)

LUISA. (¡Por Dios, papá!)

ANTONIO. (Lo dicho: si no le despides tú, salgo yo... y lo *despido*...) (Haciendo ademán de tirarlo.)

LUISA. (¡Papá mío!)

ANTONIO. (Nada, nada; no hay apelación. Que no vuelva sino cuando repiquen gordo: así le quedará más tiempo libre para escribir sus críticas y sus revistas: no es cosa de que por entretenerse en esta casa, pierda el chico su inmortalidad.)

LUISA. (¡Ay, papá de mi alma!)

ANTONIO. (Porque lo soy, mando y ordeno.) Oye, tú... Gertrudis... ven y prepárame una taza de tila: estoy muy nervioso; y de paso le preparas otra á Luisa... (y un poco de jalapa para Enrique.) (Luisa queda lloriqueando: Enrique y Pepe hablan con animación.)

GERT. Vamos, hombre. Si tú no estás ya para estrenos: si te lo tengo dicho: ¡qué digo estrenos!... ni para las representaciones ordinarias: nada de emociones: sopa, buen vino y el rincón de la chimenea. ¡Vamos allá... joven romántico!

ANTONIO. Vamos pronto... (Lo dicho. (A Luisa.) Nada: las lágrimas no me conmueven. ¡Critiquillo insolente!) (Mirando á Enrique.) ¿Qué esperas? (A su mujer.)

GERT. ¡Qué humor traes!

ANTONIO. (¡Con esto y con que se hunda el drama... me he lucido!) (Salen Gertrudis y don Antonio.)

ESCENA VII

LUISA, PEPE y ENRIQUE

LUISA. ¡Ay, Enrique... qué noticias tan malas tengo que darte! ¡Qué triste es la vida!

PEPE. ¡Escucha Enrique... gran noticia... fausto suceso... el horizonte se despeja... digan lo que quieran, la vida es

hermosísima! (Dice esto sin atender á su hermana: Enrique se vuelve alternativamente de uno á otro.)

ENRIQUE. ¿Pero en qué quedamos? ¿Las noticias son buenas ó malas?

LUISA. ¡Muy malas! ¡Tristísimas! ¡Cosa de echarse á llorar!

PEPE. ¡Muy buenas! ¡Famosas! ¡Inesperadas! ¡Hay motivo para estallar de gozo!

ENRIQUE. Pues ésta dice... (A Pepe señalando á Luisa.)

PEPE. ¡Qué sabe esa lo que se dice!

LUISA. ¿Que no lo sé? ¡Ojala! ¡Mira, mira... (A Enrique.) los ojos llenos de lágrimas... y el corazón hecho una pasita... y angustia que ha de matarme!... Por algo estaré así.

ENRIQUE. ¿Pero por qué?... ¿Quién te dió penitas?... ¿Quién fué?

LUISA. Fué papá.

PEPE. ¡Qué tonterías estas diciendo! ¿Quién se ocupa de esas menudencias?

ENRIQUE. ¿Con que fué tu padre?

LUISA. Fué papá: que quiere cortar... así... cortar... nuestras relaciones: me ha mandado... que te despida: que no vuelvas á esta casa... sino *cuando repiquen gordo!* (Rompe á llorar.)

ENRIQUE. No llores tú, vida mfa, que yo haré que echen á vuelo todas las campanas de todas las iglesias de Madrid cada media hora.

LUISA. No lo tomes á broma: es cosa muy seria.

PEPE. ¡Pero qué inocentones sois! ¡Si todo eso no vale un comino! son enojos pasajeros de papá. Ya lo arreglaremos: yo lo arreglaré: yo os protejo. (Dándose tono.)

LUISA. ¡Mucho puedes tú!

PEPE. ¿Que yo no puedo?... (Riéndose.) ¡Que yo no puedo!... Vamos, sabedlo: la prensa es mfa: soy una potencia. Mi pluma, será mi cetro: mi redacción, mi trono: mi voluntad, ley suprema. Os casaremos: la prensa y yo os casaremos: y si os arrepentís, la prensa y yo os divorciaremos. No hay mas que hablar: no me vengas

con lagrimitas á amargar toda una noche de triunfo y felicidad.

- LUISA. ¿Pero qué te pasa á tí para venir con esos fueros?
- ENRIQUE. ¿Qué noticias son las tuyas?
- PEPE. ¡La gran noticia! ¡Hoy todo es alegría! ¡Yo respondo de todo, chiquilla! (A Luisa.)
- LUISA. ¡Qué bueno eres! ¿De modo que ese no se da por despedido?
- ENRIQUE. Aunque me echéis á palos, no abandono este recinto encantado. No digo tu padre, ni el ángel que arrojó á Adán del paraíso, me arroja á mí de esta casa.
- PEPE. Yo sé el secreto de esa historia: Adán se dejó echar, porque echaron á Eva con él: claro, se fueron los dos juntos.
- ENRIQUE. Justo: que nos eche tu padre á los dos.
- LUISA. No digas tonterías.
- PEPE. Pues no hablemos de cosas tristes: el punto está suficientemente discutido: se pone á votación la proposición de don Antonio: se desecha por unanimidad. Orden del día: es decir, orden de la noche: mi gran victoria.
- LUISA. Pues cuenta.
- PEPE. Don Leoncio, el Director del periódico más importante... del *Observador universal*, presenció mi reyerta con aquel pobre diablo... la historia que os conté antes.
- LUISA. ¿Y qué?
- PEPE. Que me llamó aparte y me dijo con tono cariñoso: «pollo, cuando acabe el drama, búsqieme usted, ó vaya usted á la redacción: tenemos que hablar: y si le conviene á usted, será usted de los nuestros...» ¡De los suyos!... ¿Pero no oís? ¡Del periódico más importante de la Península, de las islas adyacentes, de las posesiones de Ultramar y del globo terráqueo!... ¿Pero vosotros comprendéis esto? Y yo, algo aturdido, le dije: «¿y si mi padre no quiere?» Y él: «Papá aceptará los hechos consumados. Con que á las doce: no falte usted.»

- ENRIQUE. ¡Hombre, eso es una gran cosa!
- LUISA. Ya lo creo: pero no le digas nada á papá, porque con sus ideas se opone á todo: ni quiere que yo me case, ni que tú seas... publicista. ¡Señor; para qué está la gente sino para colocarse! Don Leoncio dice bien: *los hechos consumados*: tú te casas... digo, tú entras en la redacción... y hecho consumado: papá lo acepta, y se acabó.
- PEPE. Claro está: eso es lo que yo he pensado: por ahora... *mutis*. Oid más: me contó Julio, que don Leoncio le habla dicho, después de oír mi disputa: «El chico de don Antonio tiene talento; ya tenía yo buenas noticias de él, y es osado y fresco, y sabe decir las cosas en forma literaria, pero picante; no se muerde la lengua, y es posible que no se muerda la pluma, y es seguro que en cualquier lance se portará como un hombre. Me conviene: me lo llevo á la redacción, y para empezar le daré treinta duros al mes.»
- LUISA. ¿Te van á dar treinta duros mensuales? ¡Qué fortunón! De tu primera paga me regalarás un vestido, ¿verdad, hermanito?
- PEPE. Querida hermanita; mi primera paga, y la segunda y todas para mi padre, íntegras, y él me dará lo que quiera. Harto se ha sacrificado por mí: le daría mi vida, ¡para no darle esa mezquindad! ¡Y ahora, que se atreva á atacarle ningún mentecato! ¡Ah! ¡los necios que le han mordido, ahora me las pagarán! Os digo que esta noche no me cambio por el Shah de Persia. Poder decir al mundo desde mi redacción: ¡Mundo, párate y óyeme!
- ENRIQUE. Pues oye lo que te anuncio: antes de un año tienes mil reales mensuales.
- LUISA. ¿Y me llevarás á París? (A Pepe.)
- ENRIQUE. Iremos los tres, ya te lo he prometido.
- LUISA. ¡Qué dicha!...
- PEPE. ¡Vamos, que no sé lo que me pasa! A las doce... (Mirando el reloj. Se quedan los tres sin hablarse, pero haciendo cada uno de ellos sus castillos en el aire.)

ENRIQUE. Un gran triunfo en el teatro con mi nueva Revista... cuatro mil duros de ganancia... Una mujercita como Luisa... Un viaje de novios... Una temporada en París... Una luna de miel destilando más ídem que toda la Alcarria y sus cercanías... ¡Excelsior!

LUISA. Pepito se empeña en que papá ceda... papá cede... nos casamos... Enrique me quiere muchísimo... yo le quiero otro tanto. Enrique gana muchísimo... yo le gasto otro tanto. Enrique es abogado... diputado... ministro... yo soy otro tanto. Tenemos coche... palco en el Real, pero palco de proscenio... hotel en la Castellana... y en París otro tanto... ¡Qué vida tan hermosa! ¡Qué transparente está el cielo!... Me parece que veo un arco fris, y otro encima, y encima otro y otro... Y sobre el más alto, Enrique y yo... ¡él de frac y yo de vestido blanco!... ¡Excelsior!

PEPE. Influencia... poder... mucho poder... para poder aplastar al mundo entero si me estorba... decir á mi padre: ya trabajaste de sobra: aquí estoy yo: descansa... Yo trituraré sin compasión á todos tus enemigos... y á todos tus rivales... y por el pronto á don Pablo... Tú sólo... sólo y único vencedor... para tí sólo, la gloria, los aplausos, el triunfo... y tú descansando y regalado sobre una montaña de laureles. ¡Excelsior para don Antonio!... para los demás, ¡miserere!

ESCENA VIII

LUISA, ENRIQUE y PEPE; DON ANTONIO, que entra sin que lo noten.

ANTONIO. (Se queda contemplando á los tres.) ¡Claro... están aterrados! Le habrá dicho Luisa mi *ultimatum*... y *tableau*... ¡Estatuas de piedra!... ¡Pobrecilla!... creo que está llorando... ¡Estuve demasiado duro!

ENRIQUE. ¡Qué felicidad!

PEPE. ¡Qué porvenir!

LUISA. ¡Qué alegría!... ¡cómo nos divertiremos! (Se juntan, se cogen las manos y se echan á reír.)

ANTONIO. ¿Qué es eso?...

LUISA. ¡Ay, papá!

PEPE. (Riendo para sí.) ¡El conflicto!

ENRIQUE. ¡La lucha!

ANTONIO. ¿Qué alborozo es ese?... ¿por qué se van ustedes á divertir?

LUISA. Yo te explicaré...

ENRIQUE. Don Antonio...

PEPE. Mira, papá...

ANTONIO. ¡Silencio! ¡digo que silencio!... ¿Con que de mis mandatos se hace chacota?... ¡Perfectamente!... ¡Perfectamente!... ¡Ya lo creo que se van ustedes á divertir!... Tú, (A Pepe.) ahora mismo al teatro, para que me traigas la noticia de si han reventado... á don Pablo.

PEPE. Por mí... á ver cómo...

ANTONIO. Sin replicar... al teatro...

PEPE. Como tú dispongas... (¡Así verá á don Leoncio!) ¡Valor! (A Luisa.) (¡A silbar á don Pablo!) (Sale Pepe.)

ANTONIO. Tú, por allí... sin replicar... (A Luisa.) A tomar tazas de tila... que te van á hacer falta... te lo aseguro... ¡Mucha tila!

LUISA. Papá...

ANTONIO. Ni una palabra... en marcha... y tila... (Tendiendo el brazo.)

LUISA. (¡Otra vez desdichada!... ¡por más que diga Pepe... él no puede con papá!...) Ya me voy... ya me voy... ¡ay, Dios mío!... (Se marcha oprimiéndose el pecho y tosiendo.) ¡qué opresión!

ANTONIO. ¡Pues tila y flor de malva! (Sale Luisa.)

ENRIQUE. Pues yo, don Antonio...

ANTONIO. Usted se queda conmigo.

ESCENA IX

DON ANTONIO y ENRIQUE

ANTONIO. Ya estamos solos.

ENRIQUE. Completamente solos.

ANTONIO. Tengo que hablarle á usted seriamente, implacablemente.

ENRIQUE. Usted dirá, don Antonio.

ANTONIO. Lo que tengo que decirle, usted debe saberlo de antemano, si Luisa ha cumplido mi mandato.

ENRIQUE. Lo ha cumplido, señor don Antonio; lo ha cumplido la pobre.

ANTONIO. ¿Y con ese motivo estaban ustedes tan regocijados cuando yo entré? Muy bien; ese es el caso que hacen ustedes de mí.

ENRIQUE. No era ese el motivo; era otro. A usted le respetamos, le queremos y le admiramos.

ANTONIO. Muchas gracias; dejando aparte la admiración y agradeciendo el cariño, me basta con que respeten ustedes mi determinación.

ENRIQUE. Se respeta, don Antonio; se respeta... pero...

ANTONIO. ¡Pero no se cumple!

ENRIQUE. ¡Pide usted lo imposible! ¡Que yo deje de querer á Luisa! ¡Que Luisa deje de quererme! ¡Que no nos veamos más! ¡Que renunciemos á toda esperanza! Es usted demasiado bueno para ser tan cruel. Es usted demasiado justo para ser tan injusto.

ANTONIO. He escrito demasiados dramas para no haber dicho todo eso muchas veces... aunque de otro modo, ¿estamos? y para no saber que todo eso son palabras, que suenan bien cuando se dicen bien... pero que no valen dos pesetas... y la prueba de que no las valen, es que nadie las da.

ENRIQUE. Pero ¿por qué me rechaza usted, padre...? no diré padre tirano, diré padre queridísimo.

ANTONIO. Pues le rechazo á usted, queridísimo hijo, joven inte-

ligente y amigo respetable, porque no tiene usted las condiciones necesarias para hacer feliz á mi Luisa.

ENRIQUE. ¡Que yo no tengo...! Don Antonio, todo mi sér se consagrará á labrar la dicha de ese ángel.

ANTONIO. No me maree usted, Enrique. En primer lugar, es usted muy joven.

ENRIQUE. Cada año que pase me iré curando más y más de ese defecto.

ANTONIO. ¡Hola! ¿lo toma usted en broma?

ENRIQUE. No quisiera que discutiésemos en serio lo que no ha de ser serio ni definitivo: ¡yo se lo juro á usted por quien soy!

ANTONIO. Pero criatura de Dios, ¿usted qué es?

ENRIQUE. Estudiante de tercer año de Derecho, aunque me esté mal el decirlo. Y no cuento más que dos suspensos en mi larga carrera: y algún sobresaliente obtuve que mi modestia olvidó: y no he perdido nunca un año completo: de modo que á este paso no veo á larga distancia la honrada toga.

ANTONIO. ¿Pero usted cree que un estudiante de tercero de Derecho, y sin fortuna, puede mantener decorosamente á la hija de un autor dramático sin caudal?

ENRIQUE. Perdone usted, don Antonio; pero además de cultivar las leyes, fomento el teatro: escribo piecicitas: la bondad del público me aplaude, las cuentas del editor me dan un buen trimestre, el porvenir me brinda con esperanzas, y si usted me tiende su mano poderosa...

ANTONIO. Con mi mano puede usted contar; pero no cuente con la de mi hija.

ENRIQUE. ¡No es usted justo; don Antonio, no es usted justo!

ANTONIO. Los padres somos injustos por tradición: es el tipo clásico.

ENRIQUE. Pero, don Antonio, además de ser jurisperito en perspectiva y autor dramático en funciones, soy crítico en activo servicio.

ANTONIO. Sí... ya lo sé... ¡usted crítico!... (Cruzándose de brazos y mirándole con indignación.)

ENRIQUE. ¡Don Antonio... no me mire usted así, que me da usted miedo!... ¡El ser crítico no es una ocupación deshonrosa!

ANTONIO. Nada, que no tiene remedio: que es todo un crítico, y de uno de los periódicos más importantes de Madrid. ¿Y usted hará la crítica de ese drama que estrenan esta noche?

ENRIQUE. La tengo hecha.

ANTONIO. ¿Sin ver el drama?

ENRIQUE. Creo que tuve el honor de decir á usted, que he visto los ensayos.

ANTONIO. ¿Y con eso tiene usted bastante?

ENRIQUE. ¡Un hombre de mi práctica...! (Con suficiencia: al notar un movimiento de don Antonio, retrocede.) Una práctica modesta... muy modesta... (Al ver que todavía don Antonio avanza sobre él.) modestísima... pero práctica teatral al fin.

ANTONIO. ¿Y se atreverá usted á juzgar... á don Pablo?

ENRIQUE. Le he juzgado ya.

ANTONIO. ¡A un hombre como él... un jovencuelo como usted!

ENRIQUE. Las generaciones viejas tienen por juces naturales á las generaciones jóvenes. (Con pretensiones.)

ANTONIO. (Estallando.) ¿Pero usted, quién es? ¿usted, qué ha estudiado? ¿usted, qué sabe? ¿cuáles son sus obras de usted, su experiencia de la vida, sus conocimientos positivos, su erudición? ¿Usted sabe gramática! ¿usted sabe retórica? ¿usted sabe estética? ¿usted ha leído siquiera á Calderón? ¿usted se ha enterado bien de si tiene usted sentido común? (Avanzando sobre él amenazador.)

ENRIQUE. Pero don Antonio, usted me abrumba, usted me anonada, usted me pasa por el laminador de sus enojos: yo reconozco mi insignificancia: soy un escritor público... (Al notar un movimiento de don Antonio.) apenas si soy un humildísimo escritor público... que lealmente expone sus juicios... no... menos aún... sus impresiones... todavía menos... sus sentimientos... ¿Es que yo no tengo el derecho de sentir la emoción dramática... y de gritar: «esto siento?»

ANTONIO. Ese es el derecho del público, y por eso el juicio del público es infalible, inapelable y siempre respetabilísimo: *siente ó no siente*. Pero un crítico tiene más altas obligaciones. Sea usted público y nada diré; pero si es usted crítico, séalo usted de veras... porque si no... si no diré que es usted... un pobre diablo... un pobre diablo... que no se casará con mi Luisa.

ENRIQUE. Sin embargo... me parece que la crítica que he escrito del «Conde Ulrico»... algún instinto, algún sentido común, alguna experiencia teatral demuestra...

ANTONIO. Pues yo niego todo eso; ¡la crítica del «Conde Ulrico!» ¿Dónde está esa crítica, que yo la vea, que yo la triture, que yo la pulverice?

ENRIQUE. ¡Aquí está: pulverícela usted, que ya me ha pulverizado usted el corazón! (Sacando unas cuartillas.)

ANTONIO. ¿Es eso? ¿esos papeluchos?... A ver, á ver qué dicen. Lea usted, que me parece que esta noche no sale usted con vida de mi casa.

ENRIQUE. Aquí dejé mi vida en mi amor. Aunque salga por esa puerta... mi vida aquí quedará.

ANTONIO. Déjese usted de cursilerías y lea usted... que voy á probarle á usted que ni es usted crítico, ni literato... ni nada, ni nadie... Dios me tenga de su mano. ¡A leer! (Don Antonio coloca una silla de golpe y se sienta con ademán formidable. Enrique lee en pie, tembloroso y cortado, consultando á cada momento la fisonomía de don Antonio.)

ENRIQUE. Dice así... y dispense usted el estilo...

ANTONIO. ¡Qué estilo, ni qué calabazas!... ¡Adelante!...

ENRIQUE. Dice así: «Cuando nos dirigíamos anoche al clásico coliseo, honda tristeza embargaba nuestro ánimo. ¿Qué esperábamos? nada. Sí, lo que esperamos siempre: otro desengaño más. Otro desgarrón miserable en el antiguo y esplendoroso ropaje de Talía. Otro insulto arrojado á la sombra venerable de nuestra pasada gloria. Otro vuelco más en el abismo de la decadencia y del oprobio. Otro sacrilego golpe, cuando no una granizada de afrontas en las augustas mejillas de Calderón y

de Lope, que es, según parece, el único rincón, en que ha encontrado albergue la vergüenza. ¿Se cumplieron nuestros presentimientos? ¡Ah! ¿Qué le parece?

ANTONIO. Ya se lo diré á usted luego: adelante, joven... (que yo tengo el presentimiento de que no vas á llegar á viejo.)

ENRIQUE. Seguiré, con su permiso. «¡Ah!... al abandonar el clásico coliseo con el rostro inundado de lágrimas, rojas las manos de aplaudir y el corazón palpitante de emoción, inmensa alegría inundaba nuestro sér. No, en España no puede morir el arte: aún hay quien empuñe el cetro de Calderón, aún hay quien despierte los ecos de nuestro glorioso teatro nacional, reforzados con todo aquello que la vida moderna ha traído de verdaderamente grande, ¡qué drama! ¡qué prodigiosa creación!»

ANTONIO. Hombre... hombre... hombre... (Levantándose poco á poco.) ¡Sabe usted que eso está muy bien escrito! ¡Yo soy justo: ante todo justo...! ya ve usted, se trata del drama de don Pablo... ¡pero eso está muy bien escrito! pero... muy bien. (Quedan los dos en pie.) Siga usted. (Con mucha amabilidad.)

ENRIQUE. «Un pensamiento profundamente filosófico y profundamente humano: una gran síntesis de todo cuanto el idealismo tiene de más elevado y de cuanto hay en esta vida real de más palpitante: el cielo que descien- de á la tierra y la sublima; la pasión que se filtra en la sangre y la caldea; el mal y el bien que estallan en lucha gigantesca digna de los héroes de Homero: algo así como las alas blancas del Arcángel, y las alas negras de Satán, retorciéndose en pugna apocalíptica: este es el drama. ¡Ah! ¡digámoslo sin vacilar; el que tal obra ha realizado es un genio: Shakspeare y Calderón tienen un hermano!» ¿Qué tal? (Don Antonio va asintiendo con la cabeza.)

ANTONIO. ¡Soberbio! ¡qué diablo! ¡soberbio! y ¡soberbiamente escrito! La verdad es que yo no le conocía á usted bien. ¡Qué talento, qué penetración, qué estilo! ¡La

juventud!... ¡ah, la juventud... es el porvenir y la esperanza!

ENRIQUE. ¡Don Antonio, usted me abruma!...

ANTONIO. Alguna exageración hay en esa comparación con Calderón y Shakspeare... (Sonriendo con modestia.)

ENRIQUE. Si á usted le parece, la quitaremos... se tacha... (Se dirige á la mesa.)

ANTONIO. ¡De ningún modo!... (Deteniéndole con espanto.) ¿Usted lo ha sentido así?... ¡pues como usted lo ha sentido!... ¡Joven, en el arte, y en la crítica, y en todo... la sinceridad del sentimiento!

ENRIQUE. ¿Entonces lo dejaremos?

ANTONIO. Sí, sí: dejarlo. ¿Y toda la crítica sigue así?

ENRIQUE. Así todo.

ANTONIO. ¡Sin decaer!

ENRIQUE. Me parece que no decae.

ANTONIO. Pues adelante. Pero siéntese usted... ¡por Dios, siéntese usted!...

ENRIQUE. Don Antonio...

ANTONIO. No lo consiento. (Le hace sentar y él se queda en pie.)

ENRIQUE. (Leyendo.) «¡Y si del pensamiento pasamos á los caracteres, la obra crece más y más, y más crece nuestro entusiasmo!»

ANTONIO. ¡Qué alma tan entusiasta tiene usted!

ENRIQUE. Conozco que á veces exagero.

ANTONIO. ¡Cómo exagerar! No señor. ¿Usted expresa lo que honradamente cree? Pues expréselo usted con todo el fuego de que sea usted capaz.

ENRIQUE. «Los caracteres son dignos del gran dramaturgo inglés, y por respeto y prudencia no digo superiores.»

ANTONIO. De modo que usted cree que el conde Ulrico, bajo cierto punto de vista, es superior...

ENRIQUE. ¡A cuanto registra la dramática universal! Sin embargo, si usted cree que debo atenuar...

ANTONIO. No atenúe usted, no señor. La opinión de la crítica es respetable.

ENRIQUE. ¿Aun la de un crítico como yo? ¿La de un pobre dia-

- blo que ni sabe gramática, ni retórica, ni estética...?
- ANTONIO. Enrique, recuerde usted lo que dijo un gran poeta: usted no sabe nada de eso, pero lo presiente con las maravillosas adivinaciones del genio.
- ENRIQUE. ¡Don Antonio!
- ANTONIO. A ver otro poquito.
- ENRIQUE. «El conde Ulrico es una obra gigantesca, dantesca.» Una cacofonía... ¿verdad?... esca... esca... Podremos decir: «tiene algo del espíritu del Dante...» Cierto es que la frase pierde fuerza... y el elogio se achica... pero... la cacofonía...
- ANTONIO. No haga usted caso de cacofonías; no sacrifique usted nunca el pensamiento a la forma... es un consejo de amigo. ¡Adelante!... ¡Ah, querido Enrique, qué injusto he sido con usted!

ESCENA X

DON ANTONIO, ENRIQUE y TELESFORO; después, sucesivamente, GERTRUDIS, LUISA y PEPE

- ENRIQUE. ¡Don Antonio!
- ANTONIO. ¿Han llamado?...
- ENRIQUE. Creo que sí.
- ANTONIO. ¿Habrá terminado el drama? (Se dirige a la puerta.) ¡Telesforo!...
- TELESF. ¡Aquí me tienes!... ¡Qué noche!... (Contentándose.) ¡Ah! ¡el amigo Enrique!...
- ANTONIO. ¿Terminó el drama?
- TELESF. Terminó.
- ANTONIO. ¿Y qué?... Enrique y yo... estábamos con gran curiosidad por saber el resultado.
- TELESF. Pues no lo sé.
- ANTONIO. Hombre de Dios, ¿que no lo sabes? Entonces... ha sido... ha sido... en fin, ¿qué ha sido?
- TELESF. Una gran batalla: no me preguntes más: estoy loco. ¿Un gran éxito? Tal vez: ¿Una gran derrota? No es im-

- posible. La prensa lo dirá por la mañana y el público por la noche.
- ANTONIO. ¿Llamaron al autor?
- TELESF. Sí... pero como don Pablo no está en Madrid... (Con malicia.) No importa; ya sabe todo el mundo que es de don Pablo; ¡la fuga le ha vendido! Y además se lo dijo no sé quién a no sé quién. (Riendo.)
- ANTONIO. ¿En resumen?...
- TELESF. Que todo depende de la prensa, de la crítica; ya te lo he dicho. ¡El teatro ha sido un caos: tempestades de aplausos; avalanchas, como ahora se dice, de protestas!
- ANTONIO. ¿Usted no dirá nada de las protestas? (A Enrique.)
- ENRIQUE. ¿Qué he de decir? Mi artículo queda como está. ¡Éxito inmenso! ¡colosal! ¡indiscutible!
- ANTONIO. (Apretándole la mano.) ¡Eso es tener carácter! Pero no se detenga usted...
- GERT. ¡Aquella está llorando sin consuelo; le va a dar algo!... ¡Ah... ¡Don Telesforo!... (Se saludan.)
- ANTONIO. Pues que le dé.
- ENRIQUE. Cómo, ¡ponerse mala Luisita! De ningún modo; no lo consiento.
- ANTONIO. ¡Pues que no le dé! ¡Que va usted a llegar tarde, hombre de Dios!
- ENRIQUE. Yo no me marché sin ver a mi Luisa, don Antonio; sin saber que está buena, sin irme tranquilo... ¡no me voy!
- ANTONIO. ¡Pues que venga... que venga esa criatura!
- GERT. Entra, mujer; te llama tu padre.
- LUISA. (Llorando.) ¡Ay, papá mío!
- ENRIQUE. ¡Luisita!... Tranquilízate; si don Antonio no está enojado.
- GERT. Por Dios, niña...
- TELESF. Pero Luisa... (Todos alrededor de Luisa menos su padre que se agita y se desespera.)
- ANTONIO. ¡Pero vaya usted a la redacción! Por las Once Mil vírgenes y los innumerables mártires... ¡váyase usted!
- LUISA. No; ¡que no se vaya!... ¡me moriré!...

- ENRIQUE. No salgo de aquí si antes no tranquiliza usted á su hija; lo he resuelto.
- ANTONIO. Ahora... se va... pero vendrá mañana... y almorzará con nosotros. (A Luisa.)
- LUISA. ¿De veras?... ¡Ay, Dios mío!... Papá de mi vida, ¿no me engañas?
- ANTONIO. No... vendrá... almorzará... y se casará... y se quedará en esa mesa toda su vida escribiendo artículos de crítica dramática... ¿Estás contenta?... Ahora... en posta... to ne usted coche... á la redacción... (Llevándolo solo.)
- LUISA. ¡Ay, qué alegría!... ¡Me va á dar algo de alegría!...
- ENRIQUE. No... Luisa... Luisita... (Corriendo al lado de Luisa.)
- ANTONIO. ¡Condenación!... A esa criatura por todo... le da algo.
- GERT. Basta de mimos...
- TELESF. ¡Qué criatura tan sensible!...
- PEPE. Papá... oye... tengo un compromiso con unos amigos... vendré tarde... á las dos ó á las tres... (Entrando apresuradamente.)
- ANTONIO. Vuelve cuando quieras; pero ahora déjame en paz. Enrique... crítico del diablo... crítico sublime... váyase usted...
- ENRIQUE. Ya voy, don Antonio... ya voy... (Habían los dos.)
- PEPE. ¿Qué tiene Luisa?
- GERT. Mimos.
- LUISA. (A Pepe.) Soy feliz: papá consiente.
- PEPE. Soy mil veces feliz: don Leoncio me ha encargado la crítica del conde Ulrico: voy á reventar á don Pablo. Se burló de mi drama, ¡toma drama! Quiso competir con mi padre, ¡toma competencia! No hay más que un autor dramático: mi padre. No hay más que un crítico: yo. No hay más que un Dios: Dios. Todo lo demás polvo. «¡El implacable!»
- LUISA. No hay más que una mujer feliz, tu hermana.
- ANTONIO. ¡Ea! Acabemos: que me voy á poner malo yo también: ¡los nervios!... ¡la sangre!... ¡el drama!... ¡la boda!... ¡los diablos coronados!... Ni una palabra... nadie me

replique... Tú, con tus amigos... en marcha. (A Pepe.) Usted (A Enrique.) á la redacción... en coche. Tú (A don Telesforo.) al café (á ver si encuentras á don Luis.) Tú (A Luisa.) á tu cuarto... á soñar. Tú (A Gertrudis.) á la cocina... á prepararme tila. Y yo... yo... ¡á mi pesadilla... á los dramas... al conde Ulrico... á los estrenos... al público... al aplauso... á la grita... á la gloria... al abismo... al manicomio!

FIN DEL ACTO SEGUNDO